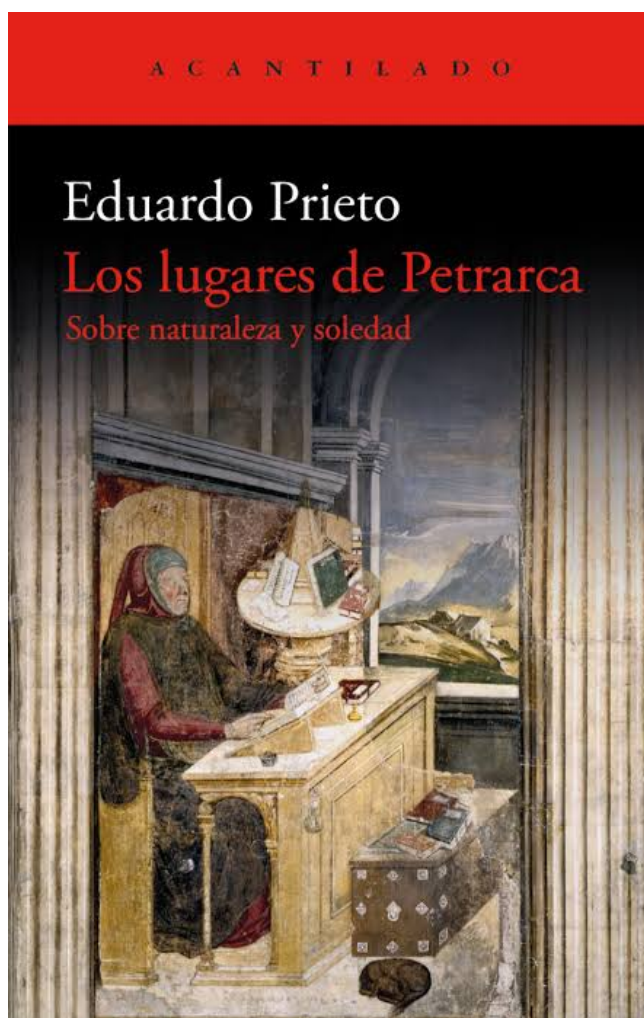


Los lugares de Petrarca. Sobre naturaleza y soledad.



Acantilado. Barcelona, 2026.

Tema: Ensayo

Autor: Eduardo Prieto

ISBN: 979-13-87964-16-0

Edición: 1ª

Encuadernación: Rústica cosida

Formato: 13 x 21 cm

Páginas: 144

Los lugares de Petrarca es un regalo que Eduardo Prieto nos hace a los lectores, pero también un regalo que se hace a sí mismo. Un regalo es algo inesperado, innecesario, ilusionante. Y este libro lo es para los lectores, pero también para su autor, pues se trata de una obra que parece escapar de la línea trazada por anteriores obras como *La vida de la materia*, *Historia medioambiental de la arquitectura*,¹ *Laberintos del aire* o *Historia de la Historia de la arquitectura*, todas ellas aportaciones imprescindibles al corpus teórico de la arquitectura.

¹ Ver resección en pag. 27.

Para muchos de nosotros Petrarca es una figura lejana, enclaustrada en la Historia, un personaje que protagonizó un momento decisivo de la literatura al innovar las formas poéticas en la incipiente lengua italiana, y que, sobre todo, construye una vida consagrada a glosar un amor, el suyo por Laura, idealizado, sublimado a partir de unos breves vislumbres que dieron lugar a una continuada construcción literaria que llega hasta su muerte. Eduardo Prieto nos recuerda que Petrarca es un autor con plena consciencia de su valía (poeta laureado), lo que le permite instalarse en un bien construido “teatro del yo” que alimenta en la soledad propia del filósofo antiguo. Para conseguir esta soledad gratificante busca lugares especialmente señalados por la naturaleza. Y en ese momento el autor nos lo muestra como un contemporáneo movido por afanes similares a los nuestros. Afanes como el de viajar. Petrarca viaja de manera incansable movido por una permanente curiosidad. Roma, Parma, Milán, Padua son ciudades a las que viajó y en las que vivió con gusto, teniendo siempre la coartada de cumplir misiones diplomáticas. Y como pertinaz viajero, añora el retiro en lugares apartados y deseables.

El libro se organiza alrededor de tres nombres: Aviñón, Vaucluse y Arquà. Aviñón, la sede papal, es la ciudad de su juventud, donde se forma como cortesano y de la que reniega después llamándola la “gran ramera de Babilonia”, según la expresión contenida en el Apocalipsis bíblico. Vaucluse es el paraje excepcional alrededor de una gruta de agua emergente y misteriosa, al que se retira en la madurez de su vida y de su obra. Arquà es el tercer lugar. situado en las no menos excepcionales Colinas Euganeas, que emergen como espejismos en la inmensa llanura padana. Aquí el viejo Petrarca esperará la llegada del fin de sus días y la consagración de su obra.

Como si esto no fuera ya suficiente, Eduardo Prieto nos depara una sorpresa, un dulce inesperado en el centro de la lectura. Se trata de un diálogo fantasmal y plausible entre dos paseantes que se encuentran en la noche del día y del tiempo: Petrarca, insomne, sale a pasear y encuentra a Michel de Montaigne. El diálogo comienza titubeante utilizando, conjetura el autor, un “francés disímil” o un “latín apagado”, pero cobra viveza según cada uno de ellos va exponiendo sus razones para justificar una vida retirada. Petrarca, como la culminación de un mundo alegórico que ha ido construyendo pertinazmente con su poesía. Montaigne, como la condición necesaria para elaborar sus impresiones sobre un mundo complejo e inabarcable. En ambos casos hay un elogio solapado al poder de la palabra. Petrarca, cerrando la Edad Media, utiliza la palabra para ordenar el mundo a partir de un instrumento de gran potencia como es la alegoría. Montaigne, en el albor de la Edad Moderna, haciendo que la palabra sea la herramienta más precisa para entender la realidad tal cual es. Eduardo Prieto menciona reiteradamente el uso del “yo”. En el caso de Petrarca ese yo poético, tarea de toda una vida, genera un mundo completo que sustituye al real. Montaigne, por el contrario, utiliza el yo como mecanismo de precisión para comprender la realidad, tanto la física como la moral. Este diálogo, una licencia extravagante para un historiador, pero no para un ensayista, remite a la forma literaria que también cultivó Petrarca haciendo de interlocutor a su referente cristiano, San Agustín, que fue el contrapunto cristiano a sus maestros clásicos,

Horacio, Seneca, Cicerón. Y, además, es una forma indirecta de mostrar al otro Petrarca, el que cuenta con naturalidad cuestiones de la vida cotidiana desde su rico epistolario. Baste el recordar la vívida narración que hace, en una de sus cartas, de la subida al Mont Ventoux, donde anticipa un sentimiento tan propio del Romanticismo como es la identificación entre el alma y el paisaje.

La escritura de Eduardo Prieto es ante todo clara, pero también vigorosa, persuasiva y rica en giros literarios. Su enorme erudición aparece sutilmente y se va administrando de manera adecuada para sustentar los múltiples aspectos que concurren en el discurso principal. Así, nos muestra la *cartografía sentimental* que publicó Alessandro Vellutello elaborando un mapa de la Provenza con los lugares significativos en la vida de Petrarca, y aquí el autor nos abre un campo fértil, el de las cartografías de obras literarias, desde la *Divina Comedia* a *Los viajes de Gulliver*. Pero, como decíamos, su aportación documental es admirable y aborda aspectos muy diferentes; por ejemplo, enumera rigurosamente los avatares que sufre la gruta de Vaucluse desde la celebración de ritos celtas a la inmersión heroica en sus aguas oscuras del comandante Cousteau

Se agradece especialmente este regalo porque contiene la llave que abre un territorio nuevo a la arquitectura, un territorio de soberanía compartida con la literatura, un “locus amoenus” aún por explorar.

